



# Reseña del libro *Detritus, Detritus, desechos, lo abyecto* de François Dagognet (2023). Obsesión por el brillo y la higiene\*

<https://doi.org/10.22395/csye.v12n24a23>



Portada del libro *Detritus, desechos, lo abyecto*

Fuente: Dagognet (2023).

**Rodrigo Pérez Gil**

Investigador independiente  
luzagosto2003@yahoo.com

---

\* Cómo citar: Pérez Gil, R. (2020). Reseña del libro *Detritus, Detritus, desechos, lo abyecto* de François Dagognet (2023). Obsesión por el brillo y la higiene. *Ciencias Sociales y Educación*, 12(24), 461-466. <https://doi.org/10.22395/csye.v12n24a23>

Recibido: 11 de noviembre de 2023.

Aprobado: 15 de noviembre de 2023.

*Por el momento, el primer placer tímido que siento  
es el de constatar que he perdido el miedo a lo feo.  
Y esa pérdida es de una bondad tal...  
Es una dulzura.*

*Clarice Lispector, La pasión según G.H (2022).*

En su libro *Elogio de la sombra*, Tanizaki resalta el contraste entre el papel chino o japonés y el papel occidental: “Los rayos luminosos parecen rebotar en la superficie del papel occidental, mientras que la del papel de China, similar a la aterciopelada superficie de la primera nieve, los absorbe blandamente” (Tanizaki, 1994, p. 27). Agrega que

De manera más general, la vista de un objeto brillante nos produce cierto malestar. Los occidentales utilizan, incluso en la mesa, utensilios de plata, de acero, de níquel que pulen hasta sacarles brillo, mientras que a nosotros nos horroriza todo lo que resplandece de esa manera. También utilizamos ollas y frascos de plata, y en lugar de fregarlos hasta que brillen, nos gusta ver cómo se va oscureciendo su superficie y cómo, con el tiempo, se ennegrecen del todo. (Tanizaki, 1994, p. 28)

En otro aparte de este libro, el autor nos dice que

Contrariamente a los occidentales que se esfuerzan por eliminar radicalmente todo lo que sea suciedad, los extremo orientales la conservan valiosamente y tal cual, para convertirla en un ingrediente de lo bello. Nos gustan los colores y el lustre de un objeto manchado de grasa, de hollín, o por efecto de la intemperie, y ocurre que vivir en un edificio o entre utensilios que posean esa cualidad, curiosamente nos apacigua el corazón y nos tranquiliza los nervios. Si detestamos ir al dentista, en parte es debido a la repulsión que nos inspira el ruido del torno al taladrar el diente pero también a nuestro horror ante la profusión de instrumentos de cristal o de metal brillante. (Tanizaki, 1994, p. 30)

La luz blanca y reluciente, invasiva, es un fenómeno que da la medida de la obsesión por la limpieza y el escrutinio: la luz debe captar hasta el último rincón del espacio que domina, ya sea la boca en el consultorio, ya sean los sanitarios y urinarios en los baños. El refinamiento es frío, dijo Saito Ryoku. Esa luz que vigila ha captado muchos espacios públicos al punto de que ya prácticamente *no anochece* en variedad de establecimientos de comercio. En lugar de ralentizar el paso de los transeúntes, como solía ocurrir cuando las calles estaban iluminadas a tramos por lámparas de gas, ahora esta luz ubicua, blanca y ultra iluminadora hace de vehículo y apura el paso de los peatones que entran a los supermercados o a los almacenes a comprar. Esta luz que no da sombra, luz de neón, es el vehículo expedito del siglo XXI, obsesionado con el brillo, la limpieza, la higiene a fondo.

En la filosofía de Platón, piedra sobre la que Occidente pensó, ponderó y apreció el Mundo, la materia es deleznable porque es mudable; la mugre de las uñas, un horror que fuera huésped del Cielo de las Ideas donde mora lo perfecto, lo inmutable, como los movimientos de los planetas en el Cielo, sería irrisorio, sostenía Platón, dedicar un pensamiento a algo que no tiene presentación: la mugre. Así fue como se llegaría a construir un pensamiento a espaldas del Mundo y contra el Mundo, de hecho.

El texto de Michel Serres, de 1977 (1994), "Anticristo: una química de las sensaciones y de las ideas", que aparece en su libro *Hermes IV*, es una genuina inversión del platonismo. Reflexiona en él sobre la dualidad y la partición tan queridas por Platón y por el puritanismo: o te vas pa'l cielo o te vas pa'l infierno, una de dos, el paso por el purgatorio es temporal; o eres hombre eres mujer, una de dos; o eres hombre o eres animal, una de dos; o eres heterosexual o eres homosexual, una de dos. Serres trae un ejemplo, la fermentación del queso francés, o la del vino, y, de paso, nos da una lección para mejor vivir en el Tercer Mundo y en cualquier parte, aprendiendo a acoger las mezclas, el mestizaje, a convivir con el Mal y a encontrar un sentido a la podredumbre, a la descomposición y al cambio de sustancia propios de la fermentación que ocurre por acción de una levadura:

Un queso, el verdadero, aquel que una civilización que se dice limpia (y que sin embargo está sumergida en su propia basura) olvida cada vez más, el que salió del mar Mediterráneo, es la aclimatación de la podredumbre. La leche dejada al descubierto, a los pelos, al lodo, a la mugre y transmutada por todo esto, transvaluada en un estado superior. Un hongo pequeño y vil invade y mancha la blancura del lacticio. Un cultivo, un caldo de cultivo, de allí el nacimiento de una cultura. Separar, eliminar lo sucio conduce a un vivir aséptico y cerrado en medio de un espacio de basuras. Es el resultado de la dicotomía. Salas de baño translúcidas, calles podridas, alfombradas de deyecciones. Es lo mismo en el cuerpo. Un organismo protegido del miasma es frágil y ya está enfermo. Nada le hemos comprendido a Pasteur, a la vacunación. Es la dicotomía de lo sucio y lo limpio, vivida, asumida por el horror de lo pestilente y la cura del aire en las alturas; la dicotomía de lo alto y de lo bajo, en breve, la partición en general es la enfermedad. *El infierno es la separación del paraíso y el infierno*. La sabiduría y la verdad científica aclimatan lo venenoso, lo blando, lo podrido, lo corrompido, el mal, y la enfermedad misma; los dejaban hacer a ellos solos, en el subterráneo de lo invisible, en lo oscuro, lo viscoso, lo hediondo; con ello dan confianza a la vida y obtienen de ella esta fiesta [queso francés] que uno gusta, prueba. Saber lo sano más allá de lo aséptico, lo fuerte más allá de lo protegido... (Serres, 1977, p. 154)

El niño, escribe François Dagognet en su libro *Detritus, desechos, lo abyecto*,

juega con su cuerpo y se divierte con lo que evacúa; él no opera pues la distinción entre lo tolerable y lo repugnante. Por este motivo, no se pegará fácilmente al orden que le impondrá la regularidad esfinteriana, la limpieza, incluso la meticulosidad. El niño se rebelará y no abandonará de repente las materias informes que ensucian. (Dagognet, 2023, p. 76)

### Sigue Dagognet:

Por lo demás, se trataba para él no tanto de una atracción por estas materias como de la afirmación de su autonomía corporal y del rechazo a someterse a una disciplina que lo obliga a renunciar a la mezcla sucia, lo excremental concretizando el rechazo y lo abyecto. (Dagognet, 2023, p. 76)

El autor invoca a Dubuffet, rompedor de clichés: “La idea de que hay objetos bellos y objetos feos, gentes dotadas de belleza y otros que no pueden pretenderla, seguramente se basa en una vieja convención arbitraria, en una vieja chochez; y esta convención yo la declaro malsana” (Dagognet, 2023, p. 90).

En este libro, Dagognet quiere privilegiar el sustrato, en contravía de la metafísica tradicional, idealista, que minimiza el soporte en beneficio de lo que él difunde. Es el mismo gusto del burgués a la hora de apreciar un libro: le importa más lo que se dice que la manera como se dice. El autor quiere revalorizar lo sucio, lo descompuesto y lo pobre, en particular el polvo, la arena o el guijarro...

“La corrupción o la muerte, asegura este autor, en lugar de entregarnos un cadáver, solamente asegura el paso de una forma a otra. Si no lo pensamos así es porque la primera forma que desaparece nos lo impone, y nos parece la única positiva. Cedemos al terrorismo de las apariencias. Lo descompuesto o lo arruinado no anuncia tanto lo negativo como el comienzo de un retomar ulterior, o un cambio de escena (pues no nos situamos aquí en un plano económico, el del reemplazo, sino en una perspectiva ontológica que excluye la muerte de lo sustancial). Preconizamos no solamente una socio-educación orientada hacia la “recuperación” de los desperdicios (remendar, etc.), sino sobre todo una psicoterapia, gracias a un contacto con lo simple y lo desvalorizado; el enfermo mental sufre de un exceso de complicaciones y rumias. La presencia, cerca del enfermo, de lo que está deteriorado podría apaciguarlo o inmunizarlo con la condición de que acepte volverlo a sacar de su noche (material). “Ergoterapia”: curar el adentro con el afuera. Posible enganche entre dos tipos de desterrados, despreciados. (Dagognet, 2023, p. 100)

Luis Tejada, en una crónica de 1920 acerca de la higiene, nos dice que

[...] deseaba hablar en general de la higiene, no de la higiene discreta y familiar que cada uno debería practicar en su persona y en su casa, sino de la Higiene, con mayúscula, convertida en tiranía oficial con sus cloros y sus gases y sus vacunas. Todo aplicado a domicilio con o sin el consentimiento de la ciudadanía. Yo no sé si hace siglos moría más gente que hoy, a causa de endemias y epidemias; no sé si las famosas pestes de la Edad Media provocarían hecatombes espantosas como las que ha provocado la gripa ahora [la epidemia llamada Gripe Española, cuyo foco, hacia 1918, finales de la Segunda Gran Guerra, habría estado en un campamento militar situado al Sur de los Estados Unidos, misma que hizo estragos en Europa y que mató a Egon Schiele y a su mujer en 1928 en Viena] en pleno siglo de refina-

mientos químicos. ¡Seis millones de muertos en seis meses! No sé nada de eso. Sólo me han dicho que en los Estados Unidos es donde se practica la higiene con la escrupulosidad más inverosímil. Refieren que en las calles de Nueva York no es permitido arrojar una colilla de cigarrillo sobre las baldosas, y que algunos sabios eminentes han llegado hasta predicar la abolición del beso –ese delicioso intercambio de microbios. En la guerra inmisericorde que se le ha declarado al bacilo, se toman allá las más estupendas precauciones; los laboratorios y las clínicas se fundan con magnificencia inimaginable y cada multimillonario tiene buen cuidado, al morir o al nacer, de proveer a la creación de una, dos o tres de esas instituciones científicas donde millares de hombres buenos encanecerán buscando la huella invisible de las bacterias. Y sin embargo, ¡cuando ceñudos profesores americanos logran exterminar en el mundo el microbio de la fiebre amarilla, aparece en los Estados Unidos alguna enfermedad nueva; por ejemplo: la parálisis infantil! ¿No es esto una venganza de los dioses crueles? (Cano, 2008, p. 120)

Occidente se fundó sobre la obsesión de erradicar a fondo el Mal..., dando la espalda al Mundo.

D.H. Lawrence reflexiona, hacia 1925, acerca de los orígenes de la moral moderna. Descubre que a fines del siglo XVI un terror a la vida sexual se apoderó de los países del Norte. La aristocracia inglesa viajaba y tenía gustos bizarros en materia de amores. Y la pústula entró en la sangre de la nación. Y después de entrar en la sangre, penetró en la conciencia e hirió la imaginación vital. Este elemento de terror-horror que había penetrado en la imaginación con respecto al acto sexual provocó, al menos en parte, la aparición del puritanismo. Y sufrió un daño nuestro verdadero conocimiento recíproco, que es intuitivo, no mental. La atracción entre la gente es en realidad instintiva, intuitiva, no materia de juicio... La moral moderna tiene sus raíces en el odio, en un odio hondo y maligno al cuerpo instintivo, intuitivo y procreador. Miedo y odio: eje real de toda conciencia burguesa. Ambos adoptaron apariencia austera y se convirtieron en moral, y esta declaró que los instintos, las intuiciones y todas las actividades del cuerpo eran malas y prometió una recompensa por su eliminación.

Al animal que hay en nosotros, ese animal que componemos con lo que hacemos, le gusta oír, ver y oler: con la vista mide las distancias, con su olfato se guía para discernir, para estimar, para descubrir por dónde va y de dónde viene cuando camina. Hay amor cuando el amante gusta de oler ese poco de mal olor que exuda el otro cuerpo. Esa obsesión por los pubis afeitados, una repulsa al animal que hay en nosotros, tal parece una motivación puritana racionalista, idealista y malsana.

## Referencias

Cano, G. (comp.). (2008). *Nueva antología de Luis Tejada*. Editorial Universidad de Antioquia.

Dagognet, F. (2023). *Detritus, desechos, lo abyecto*. Piedra Rosetta.

Lispector, C. (2022). *La pasión según G.H.* (A. Villalba Rodríguez, trad.). Ediciones Siruela.

Serres, M. (1994). El anticristo: una química de las sensaciones y de las ideas (L. A. Paláu, trad.). *Revista de la Universidad Autónoma Latinoamericana*, 14.

Tanizaki, J. (1994). *Elogio de la sombra* (J. Escobar, trad.). Ediciones Siruela.